

Blancos perfectos: obsesión y delirio de la Costa Rica del siglo XIX

Perfect Whites: Obsession and Delirium of Costa Rica in 19th century

Alonso Rodríguez Chaves
Universidad Estatal a Distancia de Costa Rica (UNED)

Fecha de recepción: 08.07.2015
Fecha de aceptación: 14.03.2016

RESUMEN

El trabajo académico se empeña en desenmarañar uno de los capítulos más velados por la historiografía costarricense. En primera parte se exponen antecedentes generales, en los que se sostiene la idea que en la mayoría de los imaginarios colectivos ha prevalecido, la creencia dicotómica de la existencia de seres humanos superiores e inferiores. En ese nivel, se revelan teorías racistas que han justificado y sustentado la supuesta superioridad de algunos colectivos y el consecuente *derecho* de subyugar a otros en su calidad de *inferiores*. En segunda parte del texto se profundiza en el discurso oficial liberal costarricense vigente en el ocaso del siglo XIX; influenciado por teorías racistas de la época que exaltaban y defienden la supremacía genética de la población blanca, en detrimento de la diversidad étnica originaria. Dentro de esta lógica, el escrito presenta varias acciones y manifestaciones racistas emprendidas por los sectores hegemónicos, con los que se trató insistentemente de *blanquear* la población costarricense. En otras palabras, el artículo se refiere en su parte más importante, al mito de la blancura y a la fijación del proyecto liberal por conseguir la homogeneidad *racial* de la población.

PALABRAS CLAVES: imaginario colectivo, grupos hegemónicos, racismo, siglo diecinueve, Costa Rica

ABSTRACT

This text seeks to throw light on one of the most obscure chapters of Costa Rican historiography. It first sets out a general background which holds that the majority of collective imaginations have accepted a difference between superior and inferior types of human beings. Racist theories which have justified and sustained the supposed superiority of various groups and their supposed right to subjugate others are examined. Then the official Costa Rican liberal discourse prevalent at the end of the nineteenth century is looked at; a discourse influenced by various racist theories which exalted and defended the supposed genetic superiority of the white population by comparison to the ethnic diversity of the original population of the country. In this context the paper then examines various

racist activities carried out by the dominant sectors of society to “whiten” the population of Costa Rica. In other words the bulk of the article deals with the myth of whiteness and the attempts of the liberal project to achieve a racially homogenous population.

KEY WORDS: collective imagination, hegemonic groups, racism, nineteenth century, Costa Rica

1. INTRODUCCIÓN

En la construcción de los imaginarios de todas las sociedades humanas ha prevalecido la constante de concebir a las personas ajenas al grupo que se pertenece o procede como agentes extraños, peligrosos y hasta elementos desestabilizadores del orden establecido. En razón, muchos amparados bajo el concepto falso de *raza* han creado argumentos que les han servido para justificar y promover la supuesta existencia de seres humanos inferiores y superiores.

Con esa lógica, se cuenta una lista interminable de colectivos que, a través del tiempo, han tomado como referente absoluto y máxime de superioridad su propia cultura. Esta posición subjetiva, obcecada y reduccionista ha conllevado a enjuiciar y excluir a personas con patrones culturales diferentes. En tanto, la presencia de determinadas *razas* ha supuesto para algunos una situación potencialmente perturbadora y peligrosa, pues aducen que puede llegar a quebrantar la estabilidad y la *pureza* biológica de su cultura.

En general, ha sido común en la historia de la humanidad, la existencia de una visión endogámica y etnocéntrica de creer que el grupo cultural al que se pertenece o representa es el mejor. Bajo ese pensamiento algunos han presumido que el mezclarse biológicamente con personas extrañas o ajenas a su grupo étnico produce degeneración racial y alteración de las expresiones identitarias de la cultura autóctona.

En consecuencia, diferentes imaginarios colectivos han examinado, clasificado y calificado con yerro e inexactitud a los *otros*. Dicha versión ha tomado vigor a lo largo de la historia, hasta convertirse en dogma propiciatorio de ambientes hostiles, sentimientos de odio e innumerables reacciones violentas, en menoscabo de grupos étnicos vulnerables, denegados y marginados. Conforme a esa idea, no es de extrañar, que millones de personas que por el simple hecho de ser diferentes o portar etnicidades visibles particulares hayan sido víctimas de crueles rechazos, encarnizados conflictos étnicos, persecuciones, valorizaciones sistemáticas, genocidios, expulsiones, entre una suma interminable de fieros e insólitos episodios racistas.

Ante estas premisas, el inamovible e implacable proyecto racista blandido por algunos sectores en varias partes del mundo durante el siglo XIX, aspira a ser un sugestivo tema de estudio. Especialmente, en aquellos lugares donde se implanta un obsesivo discurso oficial, que en sus postulados ideológicos y proyectos políticos económicos exalta, admira, privilegia, defiende y escuda la superioridad genética de la población blanca sobre cualquiera otra.

Haciendo eco de lo apuntado, se aborda en el presente trabajo el racismo como elemento inherente e innato de las élites hegemónicas y liberales que gobiernan a Costa Rica en época decimonónica. Pues los mismos, al igual que varias en Latinoamérica y de otras latitudes se autoproclamaron “gente de razón y superior”; así con plenos derechos para considerar y atribuir a ciertos grupos étnicos como *razas inferiores* y obstaculizadores del desarrollo e inserción definitiva de Costa Rica al ansiado mundo civilizado.

Así las cosas, se pretende analizar la prefabricación y programación social de nación blanca y homogénea, que de manera forzada, fingida y pretenciosa, intentaron construir e instaurar los grupos poderosos dominantes costarricenses durante segunda mitad del siglo XIX. Mismos, que llegaron a desvalorizar, hacer invisible y anular la diversidad cultural de la población del país; especialmente, todo aquel grupo étnico que simbolizara y representara elementos culturales ajenos y disímiles a la perorata oficial.

En virtud de lo anterior, el escrito pretende dilucidar un capítulo sombrío y encubierto por las idílicas páginas positivistas de la historia costarricense. Con ese fin, se presta para contrarrestar la tradicional historia oficial, acostumbrada a contar y glorificar la vida de grandes políticos; que bajo mampara de grandes humanistas e insignes personajes de la historia nacional, omite la aceptación y gusto que tenían los mismos por los postulados racistas que se arraigaron en la mentalidad de los sectores dominantes costarricenses del siglo XIX.

2. MARCO TEÓRICO Y METODOLÓGICO

En el acontecer de las culturas se muestra como el fenómeno del racismo se ha fundamentado en la percepción que las personas tienen de la diversidad biológica y relaciones de dominio. Esto ha permitido el establecimiento de la arbitraria clasificación de las personas en función del aspecto físico; razón por la cual se postula que hay personas biológicamente superiores a las demás (Perrot, 1979).

Influenciados en el progreso científico y técnico que tuvo lugar en Europa desde el siglo XVIII, el pensamiento racista se estructuró en doctrinas y aplicación de leyes biológicas que propiciaban no solo la clasificación, sino también, el perfeccionamiento de la especie humana. Sin embargo, el concepto fue abandonado por la ciencia, al ponerse en evidencia su carácter subjetivo, más aún cuando se demostró que carecía de sentido en la medida en que el género humano es uno e indivisible (Arguedas, 1982).

Así las cosas, el racismo ha funcionado como sentimiento de superioridad, acompañado de la convicción de que las otras *razas* son susceptibles de generar desórdenes y alteraciones sociales. Pues apoyados en el conocido mecanismo de búsqueda de víctima propiciatoria, se convierte a un determinado grupo humano en responsable de la crisis económica y política. Aunado se le acusa de ser un elemento naturalmente perturbador. Esta actitud se funda en reacciones de miedo ante la diversidad e incompreensión de lo desconocido, que engendra sentimientos de odio y una violencia muchas veces mal dirigida (Hering, 2007: 24).

En consecuencia, el racismo se torna un mecanismo inhumano ante las dificultades que enfrenta una sociedad; en esa situación hay que encontrar un culpable aunque sea imaginario. Por consiguiente, el mecanismo opera en contra del que es considerado diferente o incluso vulnerable; por ello, en muchos casos, el inmigrante se convierte en un chivo expiatorio ideal, ya que no sólo es *otro*, sino que por su condición socioeconómica inicial es particularmente frágil (Cruz, 1998).

En este marco específico, se encuentran algunos trabajos importantes, planteados para diversos contextos geográficos, que por su similitud, son válidos como referentes para el estudio del racismo en Costa Rica. Dentro de estos se encuentra la investigación de Mc. Keown en el Perú y la de Álvarez en Cuba, las cuales sobresalen a nivel latinoamericano. En especial, por dilucidar con detalle las dramáticas condiciones a las cuales sobreviven grupos étnicos originarios y extranjeros efecto de medidas racistas impuestas por gobiernos liberales (Mc Keown, 1996; Álvarez, 1995).

Tal es su nivel de profundidad, que logran asociar y evidenciar condiciones y tratos semejantes a tiempos de la esclavitud. Para Álvarez, hacia fines del siglo XIX, ciertas

personas se convirtieron en un claro relevo de la esclavitud africana. Su obra se convierte en un estudio histórico revelador y desmitificador, a la vez modelo o punto de partida, para desarrollar nuevos estudios, pues rescata una historia paralela desconocida y contada a medias por libros oficiales.

En este marco de obras internacionales, Hung plantea de manera concisa y efectiva, a través de la historia comparada, la realidad del espacio geográfico de la América caribeña. Sutilmente, explica el régimen semiesclavo aplicado a ciertos grupos étnicos durante el siglo XIX, al que de manera concisa luego define como esclavitud (Hung 1996).

Otros trabajos ofrecen una contribución más directa, autores como Naranjo y Puig abordan el tema del racismo ampliamente al dejar claro que el problema ha presentado manifestaciones diferentes al igual que ha evolucionado a lo largo del tiempo. Trascienden por argumentar que el racismo no se trata de una cuestión inventada y propia de las sociedades occidentales. Por el contrario, identifican e historian la presencia del fenómeno en todos los contextos culturales habidos (Naranjo y Puig, 1988).

En el contexto preciso que nos atañe, el tema sigue siendo escaso en específicos estudios históricos. A pesar de las novedosas tendencias de investigación ocurridas en los últimos tiempos, los pocos trabajos realizados se deben a la arraigada visión que ha prevalecido sobre las competencias del historiador, donde se relega el asunto étnico a la antropología. Aunque es claro que los estudios antropológico-históricos, no han tenido ningún interés en las prioridades de la investigación de Costa Rica; algunos se han encaminado hacia esta tendencia conocida como *otra* historia. Sin duda, los temas aplicados sirven como marco de referencia aplicable a cualquier estudio relacionado con la etnicidad, el racismo, el etnocentrismo, entre otros afines. En concreto, dan un caudal de sugerencias y direcciones para hacer la otra historia.

En primer nivel aparecen los historiadores costarricenses, Acuña, Quesada y el canadiense Palmer, que apuntan al análisis del discurso liberal de fines del siglo XIX. Los investigadores explican como el discurso dificultó la vida de ciertos grupos étnicos; ya que fueron víctimas de un ligado de políticas de tinte racista (Acuña, 1995; Quesada, 1993; Palmer, 1995).

Otro importante relato histórico-antropológico es el de Murillo, quien analiza el período comprendido entre los años 1870 a 1890; lapso donde las relaciones sociales formadas alrededor de actividades productivas construyen y deconstruyen complejos entramados de significación de identidad a propios y extraños (Murillo, 2000).

Por su parte, Soto destaca con su trabajo etnohistórico por presentar una sistemática conceptualización del nacionalismo, nación, identidad, cultura nacional y como estos se convierten en materia prima para dar sustento teórico al racismo. Es extenso el uso de las fuentes oficiales escritas que hacen una voluminosa obra en la cual analiza la manera como los elementos cohesionadores de la nación costarricense se constituyeron en referentes para establecer la diferenciación entre los diferentes grupos étnicos que habitaban Costa Rica (Soto, 1998).

Como se puede comprender, el racismo no es nuevo en el campo de la reflexión teórica ni política. Partiendo del balance de trabajos anotados y que el objetivo es el que traza y determina el método, el racismo en la época decimonónica se puede abordar desde una doble dimensión: histórica y antropológica. Según Abou, ambas dimensiones pueden aparecer con lógica propia y se complementan cuando una recurre a la otra al agotar su capacidad explicativa (Abou, 1992). Con esa lógica, todo se presenta útil para el investigador y en consecuencia, para la temática en cuestión es viable el uso de todas las fuentes disponibles que se refieran a la memoria colectiva del contexto histórico y cultural a estudiar (Le Goff, 1986).

Las primarias se refieren, principalmente, a fuentes documentales, transcripciones y otras impresas, que forman parte del acervo documental conservado en archivos históricos. Con las mismas se conocen políticas y medidas racistas imperantes durante el período y su proceso evolutivo; además, el contexto nacional e internacional donde el racismo funcionaba como parte indispensable de los proyectos desarrollados por los estados liberales del siglo XIX (Quesada, 1989).

Estas fuentes se complementan con la revisión de otras fuentes secundarias que coinciden con el espacio temporal investigado. Por su contenido se tornan ventajosas, al ofrecer un cúmulo de información que ayudan a comprender mejor las mentalidades imperantes y su evolución. Entre otros aspectos, la composición étnica de la población y las circunstancias legales, políticas y sociales adversas que enfrentan ciertos grupos étnicos durante el lapso estudiado (León, 1974).

Tomando en consideración lo que varios autores señalan de la existencia de un grupo *conductor*, que indujo y manipuló a la opinión pública a creer que ciertas personas eran nocivas para la idiosincrasia nacional, la realización de un análisis del material periodístico significa un importante ejercicio. Con ellas se asimila la vasta opinión pública que se genera a nivel nacional e internacional. La relevancia radica, en que se puede ahondar en los sentimientos, intereses particulares y mentalidad del grupo hegemónico, que a final de cuentas son los que representan y exteriorizan. A pesar de sus limitaciones como fuente, se logra contextualizar y comprender la cotidianidad y forma en que operan los conflictos de identidad entre todos los grupos étnicos que coexisten en el caso de Costa Rica (Villalobos, 1999).

Se analizan además, algunas obras literarias representativas de la época, con el objetivo de comprender el escenario histórico. Dentro de este conjunto de obras, se incluyeron los más variados géneros, que dotaron de testimonios válidos para recrear una etapa importante de la historia de Costa Rica. Conscientes de que no es posible leer la sociedad en un individuo, se da énfasis a revisar obras escritas por autores de diversos grupos étnicos, con ello se trata de apreciar puntos de vista como sujetos protagonistas. El proceso de análisis incluye textos educativos nacionales que se producían con el fin de fortalecer formas simbólicas que contribuían a crear una identidad colectiva oficial.

La alternancia de fuentes tradicionales y no tradicionales dentro del estudio es con el propósito de dar equilibrio metodológico y con la convicción de tratar estos temas con amplitud. Por consiguiente, la estrategia permite profundizar en el conocimiento general del racismo y las consecuencias. Se da énfasis en la situación interna de Costa Rica, también al marco histórico internacional. En este sentido, se combinan relatos y documentos, precisamente, para recoger formas de identidades cambiantes, determinadas por diversos factores y por la complejidad de la sociedad costarricense.

Por su parte, las fuentes secundarias se refieren a obras de carácter general, especializadas, como tesis, artículos y estudios. Se intenta, con la información y otros datos, formular la explicación teórica sobre el racismo en primera instancia. Para comprender una cantidad de características aproximadas, se acude a profundizar en la identificación e interpretación de los grupos sociales de interés. La información se sitúa dentro de un contexto, por lo que es importante conocer los valores, ideas sociales y políticas, relaciones entre los colectivos humanos para evitar ideas erróneas e interpretaciones equivocadas.

También es necesario emprender una serie de procedimientos que conduzcan hacia una aproximación de probabilidad de *verdad* histórica, para eso se estudia el contexto socio-político, pensamiento, la relación imaginaria como individuo, con sus condiciones reales de existencia, el conjunto de representaciones, prácticas y comportamientos; para saber más de ellos.

El uso del método comparativo es factible, tomando en consideración que la Costa Rica de siglo XIX fue una sociedad heterogénea, con elementos variados y los cuales se pueden comparar a nivel interno como externo. Se hace conveniente el uso de comparación entre sociedades o países similares. Con el empleo del método, se pretende analizar las semejanzas y diferencias presentes en la evolución del tema contemplado; la puesta en práctica de tales consideraciones permite el acercamiento del racismo como una cuestión interrelacionada y no como un asunto aislado o propio de Costa Rica (Cardoso y Pérez, 1979).

3. ANTECEDENTES

El progreso científico, técnico y los extraordinarios logros alcanzados por los países industrializados a partir del siglo XVIII, bastaron para que algunos grupos humanos se inspiraran para justificar la supuesta superioridad que prevalecía sobre otras personas. Basado en ello, un sector de intelectuales condensaron y elaboraron una serie de teorías, las cuales fueron aprovechadas para sustentar de manera empírica, el argumento de superioridad genética y cultural de la población blanca sobre todas las demás (Hobsbawn, 1991).

En ese contexto destacó la teoría darwiniana, que trascendió la *lucha la existencia* y la *selección natural*, la cual fue interpretada y aplicada en la escena social por el célebre teórico racista Herbert Spencer. En particular, la teoría proporcionó y cimentó varias razones “científicas” y argumentos para respaldar la programación y clasificación que se realizó de los seres humanos en la dicotomía de razas superiores e inferiores (Perrot y Preiswerk, 1979). Según Tarnero:

Este proyecto de clasificación debía de efectuarse a partir de caracteres específicos, entendidos como hereditarios, no sólo en el plano físico sino también en el intelectual, el cultural y el social. Por otro lado dicha clasificación estableció una jerarquía de los tipos humanos definidos, que iba desde los grupos identificados como inferiores hasta la raza supuestamente más perfecta (Tarnero, 1997: 7).

Dentro del conjunto de presunciones que se van a escribir durante la época, Gustave Le Bon y Houston Stewart Chamberlain coincidían que los extranjeros alteraban el alma y orden de los pueblos. Por tal motivo, ambos teóricos consideraban que, para evitar el caos racial, era necesario detener y limitar el acceso de ciertas personas a espacios geográficos, económicos y sociales, entre otros de vital importancia donde transcurrían diferentes quehaceres y relaciones (Lenay, 1994).

En palabras simples, el universo de este acumulado de teorías racistas, pese que resultó completamente falso y abandonado por la ciencia tiempo después, al comprobarse su carácter subjetivo y que carecía de cualquier sentido en la medida en que el género humano es “uno e indivisible”, continuó funcionando con gran arraigo. Particularmente, siguió vigente y manipulado como un conjunto de pasiones exacerbadas de superioridad, que mantuvo la plena convicción de que la diversidad y la mezcla biológica de algunas razas con otras consideradas *inferiores* suponían un ingente peligro social (Mc Keown, 1996).

Los países europeos inventores del ilusorio carácter científico del racismo y de su aplicación política, marcaron la pauta y manipularon el tema en el plano de las relaciones internacionales decimonónicas. En tanto, se caracterizaron por la incesante lucha de la existencia de las naciones y la consolidación del expansionismo, dominio y explotación europea de un puñado de pueblos *incivilizados* y *barbaros* que habitaban otras regiones del mundo.

Así como si se tratara de un derecho y mandato divino, las potencias europeas se autodeclararon naciones *ungidas* y predestinadas a encauzar la consagrada y *loable* tarea de dominar y civilizar a los grupos humanos *imperfectos* que les necesitaban. Particularmente, los grupos hegemónicos de los países latinoamericanos expresaban con asombro y espíritu altruista, la satisfacción que los europeos eran los destinados y quizás los únicos, que podían traer el desarrollo, tal y cual habían “transformado los incivilizados imperios de Asia y África” (Vega, 1999: 20).

En esa trama, algunos sectores políticos y élites de influencia amparadas y basadas en dichas teorías, justificaron e intensificaron sus relaciones de dominio, supeditación, acoso y vil sometimiento a determinados grupos humanos, los cuales consideraron inferiores e imperfectos. Efecto de esta supuesta distorsión y aversión de diversidad y pluralidad cultural, algunas naciones fueron vistas como estigma de defecto, asunto incompleto e inauténtico. Casualmente esta última condición se tomó de pretexto para enmendar, corregir y preconizar la eugenesia de estos colectivos, así a través de la aplicación de leyes biológicas suponían que iban a lograr el perfeccionamiento de la especie humana (Hobsbawn, 1991).

La posición expuesta fue defendida por los sectores racistas radicales de todo el mundo, que mantenían tozudamente, la proclama, que su intervención más que un acto de favor, significaba una magnánima expresión de amor y caridad humana para con tan desdichada población. Basado en ello se empeñaron en construir la teoría de la jerarquía de las razas, la cual fue asumida como licencia y venía con la intención de “preservar la llamada raza superior (blanca) de cualquier cruce, y su derecho a dominar a los otros, considerados siempre como inferiores” (Tingfung, 1914: 6).

Hobsbawn (1991) amplía y explica al respecto, cuando argumenta que las relaciones internacionales durante este tiempo se dan efectivamente, dentro de un contexto en que la *cuestión nacional* se desarrolla bajo la concepción “xenófoba política”. Por ende, el nacionalismo exacerbado ganó gran terreno y reflejó cambios sociales y políticos internacionales de hostilidad y discordia para con los extranjeros y toda aquella persona que consideraran extraña (p. 119).

Consecuentemente, el ideario racista planteado y concretado por las naciones industrializadas en otrora, significó para los sectores dominantes latinoamericanos un paradigma a seguir y reproducir. Pues partieron de la idea, que el desarrollo conseguido por los países europeos se debía por su condición de gozar de una distinción exclusiva de *superioridad racial*. Sin más parangón y discusión se afirmaba en los sectores dominantes y control político que “su inteligencia superior, vendría a transformar á nuestros pueblos y á impulsar el progreso” (*La República*, 24 de abril de 1890, p. 2).

4 LA UTOPIA RACISTA COSTARRICENSE

El final del siglo XIX y principios del XX constituyó un período *parteaguas* y de transición decisiva para el rumbo que toma la historia costarricense. La ruta seguida estuvo marcada por ingentes cambios políticos, económicos, sociales, culturales; entre otros aspectos que encaminaron y catapultaron al país hacia el tan buscado y ansiado escenario internacional (Stewart, 1967; Jeffrey, 1976).

En el devenir de los años, todas las administraciones de la época sin excepción se dispusieron a desplegar un amplio conjunto de ingentes transformaciones estructurales de tinte liberal, que bien se entiende y resume con la célebre frase acuñada por el fisiócrata francés Gournay “laissez faire, laissez passer” (dejar hacer, dejar pasar). En mejor explicación *dejar hacer* significaba cancelar las limitaciones que pudiera afectar el intervencionismo y abrir el campo a la iniciativa individual; *dejar pasar* significaba abrir las puertas de las

naciones, suprimiendo las barreras aduaneras, de modo, que se estimulara y activara la circulación de la riqueza (Vega, 1999).

Hernández (1997) señala que con el ascenso al poder del general Tomás Guardia en 1870, se logró despertar en varios sectores de la sociedad costarricense el interés por las ideas revolucionarias provenientes del llamado Siglo de las Luces. De esta manera, los grandes ideales de libertad, igualdad, soberanía del pueblo, el uso de la razón, la lucha contra ciertas actitudes asumidas por la religión católica, el concepto de la educación como fuerza reformadora de la sociedad, un fuerte espíritu humanístico y otros, fueron los términos de moda y obligados de incluir dentro del discurso de los gobernantes costarricenses.

En concreto, en el ocaso decimonónico, devino la inauguración de un grupo de gobiernos de corte liberal, cuyo norte e interés primordial fue desarrollar y profundizar un proceso de racionalización del Estado costarricense, instituido he inspirado en tres pilares fundamentales: orden, progreso y civilización. Costa Rica, totalmente influenciada por el ideario de los liberales, se caracterizó entonces por la confluencia y fricción de diversos estilos de vida, en los que la burguesía cafetalera y demás grupos hegemónicos hicieron entrega completa a la europeización (Vargas, 2002; Hernández, 1997).

Dicha situación se dio con ímpetu, con la intensificación de los vínculos y relaciones comerciales que estableció Costa Rica con algunos países europeos; así por la relativa afluencia de inmigrantes provenientes de este sobredimensionado continente, la cual se presentó con irrefutable particularidad durante la época (*La República*, 25 de febrero de 1890; ANCR, serie Gobernación, expediente 26090, p. 7)¹. Al respecto, Fonseca señala que:

Las libras esterlinas cambiarían, con el paso del tiempo la vida de los costarricenses, en particular su mentalidad. La cultura nuevamente repercutió en la educación, las costumbres, y acuñó un nuevo sistema de vida para los costarricenses ligados directa o indirectamente con la actividad cafetalera (Fonseca, 1998: 63).

En este sentido, se impulsó un proceso socio-cultural imbuido en modelos de los países europeos como Gran Bretaña y Francia, ya que constituían para las élites y grupos socioeconómicos hegemónicos costarricenses los referentes mundiales de desarrollo por antonomasia. Ello se evidencia en varias fuentes estudiadas, en las que se percibe el significado casi divino que adquieren los europeos para las élites y autoridades nacionales. Así, fueron vistos con mirada mesiánica, salvadora y esperanzadora como agentes indiscutibles de progreso y desarrollo que se urgía. En palabras exactas, sólo los europeos eran capaces para conseguir sacar del más vil obscurantismo y salvajismo en que vivían miles de indígenas costarricenses. Por consiguiente, la consigna y tarea encomendada a los europeos fue clara: “civilizar las tribus salvajes” (ANCR, *Anuario Estadístico de la República de Costa Rica*, 1884-1885).

En relación a lo enunciado, J M Oreamuno, gobernador de la provincia de Cartago en aquellos años, indica en su habitual informe de labores dirigido al presidente de la República, la necesidad de “civilizar” a miles de “inútiles indígenas” que se hallaban a lo largo de las selvas ribereñas del río Reventazón y lugares aledaños. La preocupación de Oreamuno como de otros homólogos de la época llama la atención, ya que no denuncia ni informa con detalle, sobre las condiciones tan deplorables en que vivían estas poblaciones sino mira la condición étnica de estas personas indígenas como una desgracia y problema a resolver (ANCR, *Anuario Estadístico de la República de Costa Rica*, 1884-1885).

¹ Archivo Nacional de Costa Rica (en adelante, ANCR).

Partiendo de ello y de otros ejemplos propios que presenta el período, se puede estimar la construcción de un imaginario colectivo de corte liberal que propone a cualquier costo, la reproducción cabal del patrón europeo en todos los niveles que bordan la vida de los costarricenses. Fonseca anota que los grupos dominantes creían que “sólo así, se lograría alcanzar una nación civilizada, desarrollada, pujante, moderna y sana” (Fonseca, 1998: 77).

Inmersos en ese tejido de enajenación, las élites gobernantes y la burguesía exacerbada formularon una serie de mecanismos de control social a través de los cuales, transmitieron su visión de mundo al resto de la población. Destaca en ese afán, el discurso del mito de la blancura e idea que los grupos indígenas y algunos extranjeros portadores de caracteres (físicos, psíquicos, culturales) semejantes *equivocados* eran elementos susceptibles de contaminar la sangre de la población blanca nacional. Eso sin contar otros problemas que supuestamente arrastraban, como agentes debilitadores de la lengua, tradición histórica, fenotipo, territorio y otros símbolos distintivos, significativos e identificativos y propios del país (Bate, 1984).

En párrafo anterior se escribe “mito de la blancura”, puesto que la población costarricense se vertía para entonces en dos cauces, mestizos e indígenas en su mayoría. Así esta apreciación adolecía de todo respaldo científico, puesto que estudios genéticos, históricos y antropológicos relacionados sobre el origen y características reales del costarricense, han confirmado que la mentada blancura era una imaginación. Análisis recientes han confirmado que más abajo de la piel, la fisonomía y de la etnicidad visible, corre en la sangre de los costarricenses una inmensa riqueza genética. Razón por la cual, ni hubo ni hay tal blancura como se ha mantenido equivocadamente en el imaginario colectivo (Barrantes y Marín, 1995).

En términos generales, la sociedad del cierre del siglo XIX, ostenta fuertes contrastes y contradicciones cargadas de una connotación abiertamente racista. La cual estimula que el costarricense blanco es superior y está sobre cualquier otro habitante y que por su condición está destinado, no sólo a tener ciertas prerrogativas y ventajas sino a gobernar, imponer y perpetuar la estimada raza blanca. Dentro de esa dinámica, Soto (1998) apunta, el claro interés que prevaleció de reinventar una nación “desde arriba”. Es decir, construir una nación costarricense donde los preceptos de etnicidad ficticia de *raza blanca* fueron promovidos e inventados por los sectores dominantes, que impusieron y estandarizaron coercitivamente.

Por lo anterior, los costarricenses, bajo esta influencia racista de quienes gobiernan, comienzan a recrear de manera espontánea y hasta obligados, no solamente tradiciones, sino también normas de comportamiento y aptitudes de rechazo lacerantes y en perjuicio hacia ciertos extranjeros. De esta manera, la sociedad que se imaginó e inventaron los grupos hegemónicos, requirió que aquellos símbolos y rituales contruidos fueran reconocidos por la población, puesto que ello ayudaría a reforzar los vínculos de identidad y a acentuar las nociones de incompatibilidad respecto a otros grupos con tradiciones divergentes (Gil, 1999).

Con esa lógica, los sectores hegemónicos emprendieron una seguidilla de innumerables acciones y proyectos racistas con las cuales se trató de *blanquear* la población del país. Ya que como lo demuestra Gudmunson y Molina (1986), el *blanqueamiento* fue un deseo constante de las autoridades costarricenses y hasta una estrategia de movilidad social durante el siglo XIX. Lo expuesto logra tomar crecido impulso y despliegue, cuando para entonces, el mestizaje se hizo más evidente y por ende, se puso en letal peligro, la cacareada *blancura* del país. Ello lo muestra, una de las tantas notas periodísticas en las que se acusa sobre esta situación, “[...] clima mortífero, las razas degeneradas, por el cruce pronto sería nuestro país de mulatos” (*La República*, 30 de agosto de 1906).

Así los liberales costarricenses en el poder, en complicidad con otros grupos de la élite agroexportadora y sectores industriales emergentes, intentaron construir incesantemente, dentro de un nacionalismo sesgado y manipulado, la uniformidad cultural y racial, desvalorizando y haciendo invisible la de los *otros*. Por consiguiente, el objetivo de los liberales fue el de cambiar la situación demográfica costarricense, estimulando la llegada masiva de colonos europeos blancos a los que determinaron y reconocieron como “razas homogéneas”, de calidad y sumamente superiores que cualesquiera (*El Costarricense*, 14 de agosto de 1873).

Bajo esta naturaleza, las autoridades nacionales planearon y estimularon la llegada de grupos de europeos, al suponer que “las nuevas costumbres, los hábitos de trabajo, las luces, la inteligencia superior, [...] vendría a transformar á nuestros pueblos y á impulsar el progreso” (*La República*, 1890, p. 2). Igualmente, por la “utilidad que traen al Estado las nuevas colonias en su territorio, la conformidad que tiene su administración con los principios de humanidad y civilización en el presente siglo [...]” (ANCR, Decreto Ejecutivo número LXII del 4 de noviembre de 1825, Colección Leyes y Decretos).

Con ese espíritu, se trató de asegurar concesiones de terrenos en abundancia y la aplicación de buenos contratos y condiciones a los colonos. La primera de ellas trató de un contrato de colonización suscrito a favor del inglés John Hale, consumado cuando Costa Rica apenas se integraba a la República Federal de Centro América (1825). En particular, el contrato estipulaba el compromiso del Estado “[...] a traer las cien familias [europeas] en el curso del año 1826, y eligió para asiento de la futura ciudad un terreno situado en la que hoy es la provincia de Heredia, en la vereda de Sarapiquí, lugar que todavía se conoce con el nombre de Montaña Inglés” (Fernández, 1982, p. 11).

En general, prosperó una seguidilla de proyectos de colonización para concretar la llegada de europeos entre el lapso de 1821 y década de 1860. Destaca de manera principal, la promulgación del Decreto de Libertad de Culto emitido por el Presidente de la República, Castro Madriz en 1848; La Junta Protectora de las Colonias creada en 1850, por el también presidente, Juan Rafael Mora Porras y la Ley de Bases de Colonización aprobada durante la Administración de José María Montealegre en 1862.

A decir verdad, ninguna de las acciones de colonización, pese la entereza del gobierno, logró cautivar y convencer a los europeos para decidir inmigrar a Costa Rica. Por el contrario, el aporte poblacional procedente de Europa se redujo a un minúsculo grupo de empresarios y comerciantes que llegaron a invertir, trabajar y dominar en los negocios relacionados con la producción del café, la cual se expandía con gran suceso en aquellos tiempos. Esta escurridiza afluencia de inmigrantes a Costa Rica se explica, en las condiciones poco ventajosas que ofrecía en relación a otros destinos del continente, tales como colonias agrícolas y concesiones en lugares lejanos, inhóspitos y precarios, así pocas facilidades legales para arraigarse y desarrollarse a futuro (Hall, 1976).

En consecuencia, ello condujo también, a la hostilidad e impedimento de entrada de ciertos extranjeros, ya que según representaban una amenaza y alterarían el orden racial del país. Así hubo una serie de atropellos en detrimento de algunas minorías étnicas, que les trajo a los gobiernos costarricenses severas críticas internacionales y llamadas de atención por su trato racista e inhumano. Pues apoyados en el conocido mecanismo de búsqueda de una víctima propiciatoria, los sectores dominantes convirtieron a grupos sociales considerados nocivos en responsables de todos los males y causas de las desgracias que ocurrían en el acontecer nacional. Aunado, se les acusa de ser elementos naturalmente perturbadores de la relativa estabilidad que vivía la Costa Rica de fines de siglo XIX (Hobsbawn, 1991).

5. ACCIONES Y MANIFESTACIONES RACISTAS EMPRENDIDAS POR LOS SECTORES HEGEMÓNICOS

A finales del siglo XIX, Costa Rica era más que el Valle Central. Murillo confirma que en un tiempo relativamente corto, florecieron nuevos poblados, que paralelo a este importante espacio geográfico se desarrollaron y consolidaron, como centros de gran atracción y dinamismo económico (Murillo, 1998 y *Latin American Publicity Bureau*, 1916) En palabras de Oconitrillo, el país se encontraba ante la presencia de un fin de siglo extenso e intenso, pues era tiempo de cambios variados donde

[...] se desborda el “espacio económico-geográfico” del Valle Central-Golfo de Nicoya e incorpora a un más rico proceso de integración nacional vastas áreas de la geografía. El acento de la vida costarricense no girará sólo hacia el Pacífico sino que en los comienzos del siglo XX se amplía hasta el Atlántico, que cambiará su geografía humana, económica y política (Oconitrillo, 1980: 7).

En general, el discurso oficial encaminado a la búsqueda de “la unidad y homogeneidad racial”, además de hacer invisible y negar hasta la necedad, la existencia de la diversidad cultural costarricense, también en la práctica se prestó a excluir a ciertos espacios geográficos de prerrogativas, favores y serie de acciones emprendidas por el “generosísimo” proyecto liberal (Gil, 1999).

Lo anterior se dio porque los liberales consideraban en su imaginario algunos territorios del país como verdaderos “destierros sumidos en la más deplorable abyección”, pero más que eso, privó el hecho, que la razón socio-cultural se forjaba alrededor de la interacción de poblaciones indígenas y de migrantes extranjeros de origen no europeo que habían arraigado en esos lugares (Murillo, 1995). Para ellos, estos territorios se encontraban habitados por gente “bárbara, nociva y salvaje” y en consecuencia, más que ignorados... “no podían disfrutar de los goces de la civilización y mucho menos, de los auxilios espirituales que brindaba la Iglesia Católica” (ANCR, *Anuario Estadístico de la República de Costa Rica*, 1884-1885).

En relación a lo comentado, se valoran varias fuentes que dan cuenta de indígenas encontrados en sitios ajenos y distantes a sus aldeas de origen, por ende, las consecuencias que ello les traía. Principalmente, la aprehensión inmediata, el hostigamiento y serie de castigos que las autoridades policiales aplicaban para martirizarles. En siguiente nota se indica “que los indios ignorantes fueron atormentados y cuando se defendían eran aprehendidos y hostilizados por la policía” (*El Ferrocarril*, 14 de Agosto de 1873, p. 3).

En virtud de ello, queda al descubierto que el móvil racista del grupo hegemónico se direcciona hacia varios métodos y estrategias; ello con la clara intención de lograr su cometido. Especialmente, la idea de calar en el imaginario colectivo el discurso dicotómico barbarie-civilización. Es decir, plantar y germinar en la población la idea que cierto tipo de personas eran imprescindibles, pero que otras resultaban totalmente perniciosas para el proceso de nación que se estaba construyendo.

En esa línea, los regímenes liberales de la época, aprovecharon todos los medios de comunicación masivos que el país tenía disponible. En particular, el uso intensivo de los recursos mediáticos sirvió como plataforma oficial, para divulgar y promover el discurso racista, pero más que ello, promover la institucionalización del mito de la blancura (Corrales, 1999). De igual manera, se buscó instaurar un conjunto de aspectos y talentos culturales que evocara la pertenencia, el extrañamiento, la nostalgia y la identificación voluntaria cohesionada, alrededor de una serie de factores comunes, convicciones, fidelidades y

solidaridades, que resultaran vitales; para dar lógica a la construcción de una unidad social y política administrativa del país (Bate, 1984).

Los diversos periódicos y revistas del país mostraron complicidad con la publicación de ingente cantidad de páginas plagadas de caricaturas y artículos periodísticos ofensivos y hostiles. El recurrente uso del discurso agresivo a través del eufemismo, choteo, ilustraciones y lenguaje despectivo, fomentaron arbitrariamente acoso, rechazo y odio hacia ciertos grupos de población. Mismos que estaban socavando y degenerando la “cándida raza costarricense” (Villalobos, 1999; Fonseca, 1998; Prensa Libre, 29 de Marzo de 1994).

Fue tal la influencia y el embeleso de elogios por los europeos, que se llegó a creer fijamente, que la *pureza* alcanzada por la raza costarricense era igual a la de Gran Bretaña y Francia. Basado en ello y la supuesta blancura, autoploclamaron a Costa Rica como la Suiza centroamericana. Noción racista y excluyente que ha perdurado equivocadamente en el imaginario colectivo costarricense y regional a lo largo de estos últimos siglos y que se continúa utilizando en elementos identificadores y folclóricos promovidos por sectores hegemónicos (*El Heraldo de Costa Rica*, 11 de marzo de 1898).

Ello lleva a indicar que el concepto de nacionales dentro de la visión del discurso nacionalista liberal, fue excluyente; por tanto, omitía en teoría y la práctica a diferentes poblaciones, entre ellas, a grupos indígenas. Mismos que eran referidos con tonos peyorativos y vejatorios como “primitivos, salvajes, bárbaros” y en fin, como la expresión máxima y antítesis de la civilización (*El Ferrocarril*, 14 de Agosto de 1873).

En cuanto al análisis exhaustivo de las Memorias de Estado permiten identificar y conocer con mayor exactitud, el conjunto de postulados racistas imperantes. Así en particular destacan opiniones oficiales emanadas por los secretarios y presidentes de la República de turno, que para algunos considerados insignes humanistas defendían con tono vil, cruel, sin parangón y reserva, el ideario racista que despuntaba en profundo detrimento de ciertos grupos étnicos.

Por su parte, la educación formal completamente dogmatizada, sirve también de plataforma y medio al Estado para adoctrinar a las nuevas generaciones sobre las formas simbólicas que crean la identidad colectiva *blanca* costarricense. En particular, varias obras literarias y textos educativos escolares de Geografía e Historia, reflejan y reproducen el discurso y mentalidad que la cultura oficial desea imponer. Sino, puntos de vista de los sectores dominantes sobre el *rol* y accionar restringido que debía imponerse a ciertas poblaciones dentro de los planes emprendidos por los liberales (Quesada, 2006).

Dentro de este esquema, los textos permiten estudiar un período de gran agitación a causa del discurso liberal emprendido a fines del siglo XIX, que insta a crear una identidad nacional costarricense con valores y características determinadas. En concreto, el proceso ideológico de *blanqueamiento* roba la atención; por ende, la vida de ciertos colectivos y su significado en un entorno que le segrega y rechaza (Acuña, 1995).

A la luz de esta idea, Corrales (1999) anota que a finales del siglo XIX y principios del XX, reconocidos historiadores e intelectuales costarricenses presentan en las primeras versiones de la Historia de Costa Rica la distinción entre indígenas y europeos. En otras palabras plantea un enfrentamiento abierto y directo entre la *barbarie* y la *civilización*. Lo cierto es que a pese a las limitaciones subjetivas que se puede encontrar en este tipo de fuentes escritas, se logra contextualizar y comprender con suma claridad, la cotidianidad de coexistencia y las distintas formas en que operaban y se pueden expresar los conflictos de las identidades que van a prevalecer en la Costa Rica del ocaso decimonónico.

6. MARCO RACISTA PARA LOS EXTRANJEROS

La segunda mitad del siglo XIX, constituyó una época de consolidación del capitalismo dependiente y en la que se reiteró el viejo problema de carencia de mano de obra. Por consiguiente, fue necesario estimular el ingreso de ciertos inmigrantes, los cuales habían gozado de fuertes restricciones y controles de entrada al país. Contrariamente a lo deseado, llegó una diversidad de extranjeros como mano de obra, que en cuestión de unas décadas adquirieron importancia cuantitativa a nivel poblacional. A partir de aquí, se explica la fuerte ofensiva de leyes y decretos que persiguieron acabar con el ingreso de determinados extranjeros. El grupo de medidas coercitivas nació como consecuencia del constante ingreso al territorio nacional y la ineficiencia de las autoridades por controlar sus movimientos migratorios (Taracena y Piel, 1995).

Los comentarios y las críticas ante el fracaso fueron parte del acontecer periodístico de la época. Por ende, el 20 de mayo de 1897, se promulgó entre los tantos decretos, uno donde quedó absolutamente, prohibida la entrada de “razas”, que a juicio de las autoridades eran “nocivas al progreso y bienestar de la República”. El citado decreto resulta el más racista de la historia costarricense, puesto que segregaba y propiciaba un trato preferencial y diferencial a según el tipo de inmigrantes de que se tratara. Sin duda, persigue regular la migración de individuos, que supuestamente eran perjudiciales y lesivos para la conservación de la “raza blanca” costarricense en el mayor estado de pureza. Por consiguiente, el marco jurídico en cuestión se empeña en dar a colectivos, limitaciones geográficas, legales, sociales y económicas (ANCR, serie Gobernación, expediente 12043, 1897).

En esta ola de leyes racistas migratorias, el Gobierno de Ascensión Esquivel en 1904 estableció un nuevo decreto que consideró urgente detener la inmigración de “gente que por su raza, sus hábitos de vida y espíritu aventurero e inadaptable a un medio ambiente de orden y de trabajo, serían para el país motivo de “degeneración fisiológica y elementos propicios para el desarrollo de la holganza y del vicio” (ANCR, serie Congreso, expediente 9548).

Sólo un año después, en 1905, se prohibió la admisión de inmigrantes con trastornos mentales, personas con enfermedades contagiosas de lepra y peste bubónica. Así también indigentes, procesados por delitos o crímenes o por deficiencias físicas como ciegos o sordomudos, aunque estos últimos serían admitidos siempre que demostraran ingresos suficientes para su manutención y que no se convertirían carga social para la sociedad y el gobierno costarricense (ANCR, Colección de Leyes y Decretos, Decreto Ejecutivo de 22 de noviembre de 1905).

En 1906, bajo la magistratura de Cleto González Víquez (1906-1910), el Gobierno se aprestó casi de inmediato a reformar el decreto que impedía la admisión en el país de los individuos de raza árabe, turcos, sirios, armenios y gitanos o de cualquier nacionalidad. A pesar de la relativa flexibilidad legal, el año de 1910 va a marcar un punto clave en las políticas sociales, debido a que se logra detener la mortalidad infantil mediante métodos sanitarios y así se evitó diezmar la población costarricense (Pálmer, 1995).

De esta manera, Cleto González Víquez, presidente de la República para entonces, introdujo cambios sustanciales, al plantear en la política migratoria “la auto-inmigración”, que significó en teoría bajar la mortalidad infantil y aumentar la “reproducción nacional”; esto último bajo la concepción de una nación blanca, singular, homogénea y nacional por naturaleza y reducir la inmigración de elementos que “no eran útiles”, ya que degeneraba la “raza costarricense”.

En otras palabras, como se creía que la población costarricense era completamente blanca, resultaba mejor disminuir la mortalidad infantil y reducir el ingreso de extranjeros.

Paralelo a las medidas demográficas tomadas en esta dirección sirve como coadyuvante fomentar e instar a los nacionales el evitar los enlaces matrimoniales mixtos. En particular se insistió a nivel de campaña, sobre lo nefasto que significaría permitir el aumento desmesurado e irresponsable del mestizaje en el escenario nacional, según porque eran pernicioso y contaminante para la sangre de los nacionales.

La idea en el imaginario liberal insistió en todo momento, que la unidad política solo podría llegar a obtenerse mediante la homogeneidad étnica, por eso era necesario expulsar a ciertos extranjeros e integrar a los *nacionales*, haciéndolos participar e identificarse como una cultura desarrollada alfabetizada común a toda la unidad política y a toda su población (Gellner, 2001).

7. CONCLUSIÓN

A lo largo de la historia, el racismo como fenómeno se ha logrado entender como la valoración y clasificación de los diferentes grupos humanos de conformidad al color de la piel y de otros rasgos visibles que suelen presentar e identificar a las personas.

No obstante, pese que esta valoración resultó completamente falsa, ofensiva, nefasta, arbitraria, equivocada y dejada por la ciencia en últimos siglos, al comprobarse su carácter subjetivo y que carecía de sentido en la medida en que el género humano es “uno e indivisible”, el racismo por el contrario, logró mantenerse y estructurarse sólidamente en doctrinas que defendían leyes biológicas aplicadas al perfeccionamiento de la especie humana.

Los sectores hegemónicos y gobernantes liberales costarricenses amparados y basados en dichas teorías, justificaron e intensificaron sus relaciones de dominio, acoso y de sometimiento hacia otros grupos originarios y extranjeros no deseados. Así dentro de esa dinámica, prevaleció la idea de inventar la nación costarricense basada en un nacionalismo extraviado y teatralizado, con los preceptos de etnicidad ficticia de *raza blanca*.

De esta manera, en la construcción del imaginario colectivo costarricense de finales del siglo XIX, prevaleció la idea de la existencia de personas superiores e inferiores. Por ende, se generó temor falso que la mezcla o vínculo biológico con ciertas personas, suponía la degeneración y alteración racial, la cual había que evitar.

Así las cosas, el régimen adjetivó peyorativamente a ciertos colectivos humanos como *razas inferiores* y portadoras de atraso. Igualmente desvalorizó la diversidad, el origen y las características reales de la población costarricense. Principalmente, aquella que simbolizara elementos ajenos y disímiles a lo que oficialmente se promovía en el proyecto liberal.

En razón, los liberales costarricenses en el poder, en complicidad con otros grupos de la élite dominante, intentaron construir incesantemente, la uniformidad cultural y racial, haciendo invisible la de los *otros*. En virtud de ello, los sectores hegemónicos emprendieron innumerables acciones y proyectos racistas con las cuales se trató de lograr el ansiado *blanqueamiento*, mismo que fue deseo constante de las autoridades costarricenses y una estrategia de movilidad durante el siglo XIX.

En términos generales, la idea en el imaginario liberal insistió en todo momento, que la unidad política sólo podría llegar a obtenerse mediante la homogeneidad étnica, por eso era necesario expulsar a ciertos extranjeros. Este se convirtió en la peor arma debido a la incapacidad que se tuvo en reconocer la contribución de otros grupos étnicos.

Principalmente, calaron con el discurso en el imaginario colectivo, que cierto tipo de población era imprescindible, pero que otra resultaba totalmente pernicioso, para el proceso de nación *blanca* que se estaba construyendo.

BIBLIOGRAFÍA

- ABOU, S. (1992): *Cultures et droits de l'homme*, Paris, Librairie L'Harmattan.
- ACUÑA, V. (1995): "Historia del vocabulario político en Costa Rica. Estado, república, nación y democracia (1821-1949)", *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 20-35.
- ÁLVAREZ, B. (1995): *La inmigración china en la Cuba colonial*, La Habana (Cuba), Edición Rubén Castro.
- ARGUEDAS, Y. (1982): "Consideraciones sobre la migración a Costa Rica. Durante el siglo XIX", tesis para optar a Licenciatura en Historia, San José (Costa Rica), Universidad de Costa Rica.
- BATE, L. (1984): *Cultura, clases y cuestión étnico-nacional*, México, Juan Pablo Editor.
- BARRANTES, R. y MARÍN, R. (1995): *Características étnicas de la población costarricense mediante marcadores genéticos*, San José (Costa Rica), Universidad de Costa Rica.
- CANAL 15 (1997): *Integración de los grupos extranjeros en Costa Rica*, San José (Costa Rica), 28 de setiembre.
- CARDOSO, C. y PÉREZ, H. (1979): *Historia económica de América Latina*, vol. 2, Barcelona, Crítica.
- CORRALES, F. (2000): "Unos miles de indios semibárbaros: el pasado indígena, la creación del museo nacional y la identidad costarricense", en Molina, J. y Enríquez, F. (comp.), *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*, Alajuela (Costa Rica), Museo Histórico Cultural 'Juan Santa María'.
- CRUZ, A. (1998): "Los culpables de siempre", *UNESCO el Correo*, 11, 26-27.
- FERNÁNDEZ, R. (1982): *Costa Rica en el siglo XIX*, San José (Costa Rica), Editorial EDUCA.
- FONSECA, E. (1998): *Centroamérica: la política social en Costa Rica, 1880-1940*, San José (Costa Rica), FLACSO-EDUCA.
- GIL, J. (1999): "Controlaron el espacio hombres, mujeres y almas. 1880-1941", *Seminario Fin de Siglo XIX e Identidad Nacional en México y Centroamérica*, Costa Rica, Museo Histórico Juan Santamaría.
- GELLNER, E. (2001): *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- GUDMUNSON, L. y MOLINA, I. (1986): *De negro a blanco en Hispanoamérica de siglo XIX. La asimilación afroamericana en Argentina y Costa Rica*, San José (Costa Rica), Mesoamérica Editores.
- HALL, C., (1976): *El café y el desarrollo histórico geográfico de Costa Rica*, San José (Costa Rica), Editorial Costa Rica-Universidad Nacional.
- HERNÁNDEZ, M. (1997): "Estado y política liberal en Centroamérica: 1821-1940", *Revista Nuestra Historia*, 14.
- HERING, M. (2007): "Raza: variables históricas", *Revista de Estudios Sociales*, 26, 16-27, <http://www.scielo.org.co/pdf/res/n26/n26a02.pdf>. (Consulta: 8-3-2016).
- HOBSBAWN, E. (1991): *Naciones y nacionalismos desde 1870*, Barcelona, España, Crítica Editores.
- HUNG, J. (1996): "La inmigración china en el Caribe", *Cuadernos Americanos Nueva Época*, México, Libro Universidad Nacional Autónoma de México.
- JEFFREY, G. (1976): *Ferrocarril al Atlántico en Costa Rica, 1871-1874*, San José (Costa Rica), Editorial Universidad de Costa Rica.
- LATIN AMERICAN PUBLICITY BUREAU (1916): *El Libro Azul de Costa Rica*, San José (Costa Rica), Imprenta Alsina- Compilado y Editado.

- LE GOFF, J. (1986): *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- LENAY, C. (1994): *La evolución: de la bacteria al hombre*, Barcelona, RBA Editores SA.
- LEÓN, J. (1974): *Importancia geográfica de la población china en Limón*, Heredia (Costa Rica), Universidad Nacional Autónoma.
- MC KEOWN, A. (1996): "Inmigración china al Perú, 1904-1937. Exclusión y negociación", *Revista Histórica*, 1, 59-91.
- MURILLO, C. (2000): *Identidades de hierro y humo. La construcción del ferrocarril al Atlántico, 1870-1890*, San José (Costa Rica), Porvenir Editores.
- NARANJO, C. y PUIG, M. (1988): "Ciencia, racismo y sociedad", *Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 2, 9-27, http://digital.csic.es/bitstream/10261/27663/1/SAD_DIG_IH_Puig-Samper_Aclepio40%282%29.pdfAsclepio (Consulta: 8-3-2016).
- OCONITRILLO, E. (1980): "Alfredo González Flores, el estadista incomprendido", San José (Costa Rica), Editorial Universidad de Costa Rica.
- PALMER, S. (1995): "Adiós 'laissez-faire': La política social en Costa Rica (1880-1940)", *Revista de Historia de América*, 124, 99-117.
- PERROT, D. y PREISWERK, R. (1979): *Etnocentrismo e historia*, México, Nueva Imagen Editores.
- QUESADA, J. (2006): *Clarín patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense*, Alajuela (Costa Rica), Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- __(1993): *Del nacionalismo al racismo*. San José (Costa Rica), Universidad de Costa Rica.
- __(1989): "Historiografía: elementos para su estudio", en Fonseca, E. (ed.), *Historia: teoría y métodos*, San José (Costa Rica), EDUCA, 265-302.
- STEWART, W. (1967): *Keith en Costa Rica*, San José (Costa Rica), Editorial Costa Rica.
- SOTO, R. (1998), *Inmigración e identidad nacional, 1904-1942. Los "otros" reafirman el "nosotros"*, tesis de grado en Licenciatura en Historia, San José (Costa Rica), Universidad de Costa Rica.
- TARACENA, A. y PIEL J. (1995): "Hacia la auto-inmigración. El nacionalismo oficial en Costa Rica, 1870-1930", en Taracena, A. y Piel J. (comp.), *Identidades Nacionales y Estado Moderno en Centroamérica*, San José (Costa Rica), Editorial Universidad de Costa Rica, 35-52.
- TARNERO, J. (1997): *El racismo*, Madrid, Editorial Paradigma.
- TINGFUNG, W. (1914): *America through the Spectacles of an Oriental Diplomat*, Nueva York, Frederick A. Stokes Company Publishers.
- VARGAS, C. (2002): *El liberalismo y la consolidación del Estado, el encuentro entre el Estado liberal y la Iglesia católica, 1880-1895*, tesis de Licenciatura en Historia, San José (Costa Rica), Universidad de Costa Rica.
- VEGA, J. (1999): *Introducción a las ideologías*, San José (Costa Rica), Editorial Universidad de Costa Rica.
- VÍCTOR, M. (1994): "Historia de la Dirección General de Migración y Extranjería", *Ministerio de Gobernación y Policía: 150 Años de Historia*, San José (Costa Rica), Imprenta Nacional.
- VILLALOBOS, C. M. (1999): "El impreso comunal a finales del siglo XIX. El caso de San Ramón de Alajuela", en Molina, J. y Enríquez, F. (comp.), *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*, Alajuela (Costa Rica), Museo Histórico Cultural 'Juan Santa María'.